

Alpinismo

Everest, lugar de vacaciones

Al menos siete muertos en un monumental atasco para acceder a la cima: un americano falleció tras sacarse una foto

“La montaña más alta del mundo se ha convertido en un negocio, una fábrica de dinero”, critican los alpinistas asturianos

Oviedo, Pablo PALOMO
Los hay que madrugan para clavar una sombrilla en la playa y los que hay que pagan a precio de hipoteca subir a la cima del mundo. El Everest y sus 8.848 metros se han convertido en una atracción turística y va camino de ser el cementerio más exclusivo del planeta. Ayer, fallecieron cuatro montañeros elevando el número de muertos esta temporada de primavera, entre abril y mayo, a siete, uno más que la pasada. Perecieron en un monumental atasco en un intento de hacer cumbre.

El año pasado se logró el récord de ascensiones con 802 personas tratando de llegar a lo más alto. Solo una de ellas lo hizo sin la ayuda de las bombonas de oxígeno. Se calcula que solo el cuatro por ciento asciende de la forma tradicional, como lo hizo el primer alpinista en coronar los 14 ochomiles del mundo, Reinhold Messner. “Son turistas”, afirmó el “Premio Princesa” de los Deportes.

Los alpinistas asturianos asisten desolados a lo que consideran la banalización del Everest. “Se ha convertido en un negocio, en una experiencia artificial. Subir con oxígeno no tiene ningún interés deportivo. Es falsearlo”, asegura el gijonés Nacho Orviz, con son siete ochomiles a sus espaldas. “Se ha convertido en el capricho de gente con mucho dinero”, lamenta la canguesa Rosa Fernández, que llegó a poner sus pies en la cima.

La gesta de domar el Everest tiene precio. Las agencias de viajes se lucran con las excursiones. Oscilan entre 20.000 y 130.000 euros. “El negocio es muy grande porque los viajes constan de diez o quince personas y las agencias ganan alrededor de 30.000 euros por cada una que sube”, asegura Nacho Orviz.

La noche del martes al miércoles partieron desde el campo IV (7.900 metros) unos 250 montañeros. Colapsaron en la

cima. Muchos subieron con todo lujo de comodidades. “Van con un sherpa que les lleva el equipaje, le ponen las tiendas, y con cocinero y oxígeno”, analiza Orviz.

Las bombonas de oxígeno son caras. Se estiman que son necesarias para subir y bajar unas 20. El precio de la unidad ronda los 5.300 euros. Aunque la facilitan, no convierten la subida en un paseo.

“Aunque lleves oxígeno, las condiciones son extremas y los riesgos altos”, asegura Orviz

A partir de los 8.000 metros, los alpinistas conocen esa altitud como “la zona de la muerte”. “Cualquier cambio de tiempo, cualquier fallo, significa la muerte. Si te pasa algo allí, ahí te quedas. Nadie va a ir a buscarte”, explica Rosa Fernández.

“Aunque lleves oxígeno, las condiciones no son sencillas. Es como estar a 6.000 metros. Las secuelas son graves. Te enfrentas a un edema pulmonar, un edema cerebral, congelación de miembros, hipotermia, mal de altura o un infarto. No es fácil sin preparación”, afirma Nacho Orviz.

Nirma Purja es la fotoperiodista de la agencia “AFP” que tomó la imagen que ilustra este reportaje. Se muestra la antea de la cima, con cerca 300 alpinistas

lu-

chando por acceder “a un lugar donde a duras penas entran 30 o 40 personas”, según las estimaciones de Orviz.

“La ascensión se hace muy despacio. La gente permanece esperando y se van amontonando”, explica el gijonés. “Algunas de las rutas por las que hay que pasar apenas sirve para que pase una persona, dos a la vez no entran”, cuenta Rosa Fernández.

Nacho Orviz lo ejemplifica así. “Es como un día de playa, cuando la gente regresa para la ciudad”, dice. Solo que más de 8.000 metros de altura, con poco oxígeno, a 30 grados bajo cero si se sube en abril o en mayo —la mejor época— y rezando porque no se produzca un cambio de tiempo que arruine todo.

“Aún con pronósticos muy buenos, el riesgo es muy alto”, atestigua Fernández. Para la deportista canguesa, la catástrofe ejemplifica un problema ya manido con los años: la corrupción. “Nepal tiene un número de permisos máximos que puede expedir, pero no se respeta. Está muy claro, porque si así fuera no veríamos imágenes



SOLO 6951

Sobre estas líneas, los alpinistas Rosa Fernández y Nacho Orviz. Debajo, la cola para acceder al Everest. | LNE / A. G. / NIRMA PURJA

como las que estamos viendo. Es una fábrica de dinero”, critica.

Se refiere claro, a las decenas de personas recorriendo en hilera el Everest en busca de coronarlo. Muchas de ellas cuando llegan a lo más alto apenas sí gozan del tiempo necesario para tomarse una foto. El que está detrás apremia para conseguir sitio. “La gente emplea ahora las redes sociales y por una foto en Instagram se plantean retos para los que no están preparados. Son auténticas barbaridades”, analiza Orviz.

Fue el caso del estadounidense de 55 años Donald Lynn Cash. Falleció tras inmortalizar el momento en una foto. El último en unirse a la lista de finados fue el guía indio de 33 años, Dhurba Bista. Cayó enfermo en el campamento número tres y fue evacuado en avión. No se pudo hacer nada por su vida. Antes, perecieron Nihal Bagwan, Kalpana Das y Anjali Kulkarni, un varón indio y dos mujeres del mismo país. Se da por muerto a otro alpinista austriaco y por desaparecido a otro irlandés.

Babu Sherpa, el director de Peak Promotion, señaló que “todos intentarían subir a la vez”. Han sido días de mucho tráfico. Las expediciones se quejan de que hay que esperar dos o más horas para llegar a la cumbre”, confirmó Gyanendra Shrestha, representante del Ministerio de Turismo de Nepal.

Ninguno de los siete sufrió ningún trágico accidente. Murieron atascados en la cumbre del Everest, la montaña más alta del mundo reconvertida en atracción turística para aquellos que se lo pueden permitir, aún a riesgo de jugarse la vida.

